

Tom Burns Marañón

Entre el ruido y la furia

El fracaso del bipartidismo
en España



Galaxia Gutenberg

© Alba Lajarín

Tom Burns Marañón (Londres, 1948)

nació en el seno de una familia hispano-británica, fue alumno del profesor Raymond Carr en la Universidad de Oxford, donde estudió Historia moderna, y fue enviado a Madrid como corresponsal de la agencia Reuters en 1974. Posteriormente, fue delegado en España de la revista *Newsweek* y del diario *The Washington Post*, y durante una dilatada etapa fue corresponsal del *Financial Times*. Es autor de una trilogía sobre el cambio político en España en clave de historia oral –*Conversaciones sobre el Rey* (1995), *Conversaciones sobre el socialismo* (1996) y *Conversaciones sobre la derecha* (1997)–, considerada como una referencia ineludible en la historiografía de la Transición. Entre sus obras destacan *La Monarquía necesaria* (2007), *Hispanomanía* (reeditada por Galaxia Gutenberg en 2014) y *De la fruta madura a la manzana podrida* (Galaxia Gutenberg, 2015). Participa en numerosos foros de análisis político y financiero, y ha sido patrono de diversas fundaciones, entre ellas la Fundación José Ortega y Gasset-Gregorio Marañón. Es consejero de la consultora *Eurocofin* y columnista del diario *Expansión*. En 2001 fue nombrado Oficial de la Orden del Imperio Británico por la reina Isabel II y en 2014 recibió el XXV premio de periodismo de la Fundación Institucional Española (FIES) de manos del rey Felipe VI.

El ruido estalló en el mundo desarrollado a partir de septiembre de 2008 como consecuencia de la Gran Depresión y la furia fue tal en España que desestabilizó la Monarquía parlamentaria que cuarenta años antes había sido refrendada por la Constitución democrática. La abdicación de Juan Carlos I se anticipó al ocaso de los dos partidos dinásticos de su reinado y Felipe VI tuvo que arbitrar una parálisis institucional, el auge de partidos «insurgentes» y la declaración unilateral de independencia de Cataluña.

Tom Burns Marañón, ensayista hispano-británico y cronista de excepción de la España contemporánea, analiza con agudeza el desvanecimiento de un bipartidismo que, sumido en la autocomplacencia y en el pensamiento desordenado, fue incapaz de encauzar los retos de los profundos cambios socioeconómicos que se habían producido. La falta de reflejos políticos, propia de un sistema político agotado, dio pie al cuestionamiento de la Corona y del legado de la Transición y a la grave crisis constitucional que provocó el secesionismo catalán.

¿Qué juicio merecen los gobiernos de José Luis Rodríguez Zapatero? ¿Y los de Mariano Rajoy? ¿Por qué decidió abdicar don Juan Carlos? ¿Tiene futuro la Monarquía en España? ¿Qué amenaza representan el nacionalismo y el populismo? Tom Burns Marañón mantiene en *Entre el ruido y la furia* la misma independencia, lucidez y originalidad interpretativa que empleó para desmenuzar la erosión representativa del parlamentarismo posfranquista en *De la fruta madura a la manzana podrida* (Galaxia Gutenberg, 2015). Su agilidad narrativa enlaza con un acreditado conocimiento histórico que pone en contexto el desarrollo de los hechos.

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: enero 2018

© Tom Burns Marañón, 2018
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018
Imagen de portada: © Julia Burns

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17355-09-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

La historia es la sombra de un pobre país
Que ocupa su hora en el escenario
Y luego se desvanece: es un cuento
Contado por un idiota, lleno de ruido y furia,
Que no significa nada.

WILLIAM SHAKESPEARE,
Macbeth, acto 5, escena 5 (adaptado)

Para

Raymond Carr (1919-2015) y Hugh Thomas (1931-2017)

In memoriam

Agradecimientos

No hubiera podido abarcar este libro sin la amistad y el aliento de Joan Tarrida y de María Cifuentes en *Galaxia Gutenberg*, de Ana I. Pereda y Juan José Garrido en el diario *Expansión* y de Enrique Pérez Hernández, Rafael Ordovás y Arancha Sanz en la consultora Eurocofín.

No hubiera podido ordenar la cronología y las ideas de este ensayo sin la aportación de muchos que han sido generosos con su conversación y con su tiempo. La lista es larga y en lugar destacado figuran en ella Jordi Alberich, Rafael Borràs, Alejandro Fernández de Araoz Marañón, Regino García-Badell, Robert Graham y Jorge Martín Frías.

Como siempre, mi mayor agradecimiento, una deuda impagable, es a Dolores Luca de Tena y de Béthencourt. Debo todo a su cariño, comprensión y criterio.

2015-2017, Los Molinos, Madrid; Selaya,
Cantabria; Las Palmas de Gran Canaria.

Prólogo

Una crisis constitucional es fruto de un conjunto de circunstancias y entre ellas siempre figuran dos. Una es el descuido y la dejadez, la mediocridad y hasta la inmoralidad de un régimen político que muestra estar próximo al agotamiento. La otra es la irrupción de bruscos cambios en el entorno socioeconómico que el sistema es incapaz de encauzar y que aceleran su extenuación. Una crisis constitucional no es un accidente fortuito.

Toda quiebra de la legalidad tiene un prolongado periodo de gestación y, en ausencia de medidas para detectar y detener el proceso, el acaecimiento pilla al poder desprevenido. No se anticiparon el Motín del té por los colonos americanos en el puerto de Boston, que fue el precedente de la guerra de Independencia de Estados Unidos, ni la toma de La Bastilla, que fue el pistoletazo de la Revolución francesa.

Tales fracturas se han sucedido una y otra vez en todos los lugares del mundo. En España, las crisis constitucionales se han prodigado en los últimos dos siglos y en el tercer año del reinado de Felipe VI se produjo una más. No se previó debidamente la proclamación de la República catalana independiente en el último trimestre de 2017.

No se vaticinó la ruptura, entre otras razones, porque la exclusiva preocupación del Gobierno central, cuya debilidad era extrema, se centraba en la recuperación económica y porque España había sufrido una parálisis institucional a lo largo del año anterior. El independentismo, que domina-

ba la conversación en Barcelona y en Gerona, no encabezaba la agenda de Madrid ni la de Huelva, por citar a dos de las otras cuarenta y seis provincias de España.

Las crisis constitucionales marcan el final de un periodo político y el comienzo de otro, sea el de un nuevo Estado que afirma su autodeterminación o la sustitución de un régimen por otro de distinto signo. El desafío soberanista catalán en la segunda década del siglo XXI marcó el fin de un ciclo político en la España contemporánea que había inaugurado Juan Carlos I al suceder al general Francisco Franco en la jefatura del Estado.

La proclamación de la República catalana fue meticulosamente preparada en unos años de dura recesión económica que causaron fuertes brechas sociales, removieron sentimientos identitarios y fomentaron movimientos populistas. La discusión sobre si se pudo evitar la ruptura durará en el tiempo. Sin embargo, es incuestionable que las crecientes pretensiones nacionalistas, canalizadas en el llamado *procés*, fueron ignoradas por un renqueante sistema político español. También fueron obviadas por unas autocomplacientes elites empresariales en Cataluña que tenían todas las de perder con una secesión.

Una vez consumada, la bravata independentista fracturó la sociedad catalana y enojó hondamente a la del resto de España, donde despertó entusiasmos patrióticos que se creían pertenecientes a otra época. También provocó una angustiada introspección en la generación que vivió con ilusión y confianza el tránsito de la dictadura a la democracia.

Se había esfumado el espíritu reconciliador de la Transición política. Se habían hecho presentes el ruido, la furia y muchos cuentos contados por idiotas.

El encausamiento de las máximas autoridades de la autonomía de Cataluña bajo la acusación de rebelión y sedición cuestionaba muy seriamente el relato de una España moderna que supo superar en la Constitución de 1978, llamada la de «todos», los demonios de su invertebración y

de sus duelos a garrotazos. Sentimientos aldeanos y primitivos gozaban de una insultante salud.

Este ensayo analiza cómo en la última década del siglo pasado ámbitos políticos y económicos degeneraron hacia la ausencia de valores y se ofuscaron en el pensamiento desordenado. Tras la caída del Muro de Berlín, el incremento de la codicia y la paulatina pérdida del decoro y del discernimiento fue generalizado en toda la sociedad occidental. En España, al igual que en otros países periféricos de Europa que carecían de un acomodado fondo de casa, fueron muy acusados los desequilibrios que atrofian el cuerpo social.

La fiesta desenfrenada, atizada por rompedores avances tecnológicos que velozmente variaron procesos laborales y conductas personales, duró hasta el estallido de la Gran Recesión en 2008. España, país de nuevos ricos iletrados e irresponsables, vivió una bacanal de particular intensidad.

Cuando la orquesta dejó de tocar, la resaca fue épica. Al encenderse las luces, los españoles contemplaron un erial de promociones inacabadas y en bancarrota, de endeudamiento, de paro y de fracaso escolar.

Un sistema político de reciente estreno como el español difícilmente puede sobrevivir indemne a tal catástrofe. Este ensayo se ocupa del ocaso y del declive del sistema bipartidista, propio de una democracia liberal, que surgió en la Transición. Una clase política instruida en las necesarias reformas y abierta a su constante renovación podría haber acotado el desenfreno y gestionado mejor los años de bonanza. Lo que hubo, en cambio, fue un fatal cortoplacismo en tiempos de rápidos cambios.

Con la parálisis institucional en 2016 y la proclamación de la República catalana el año siguiente, cayó el telón sobre un drama –una farsa para los más preclaros y una tragedia, a final de cuentas, para todos– que contaba realidades,

o sueños, paralelos. A lo largo de los actos deambularon personajes que vivieron en sus propias burbujas y eran ajenos a lo que ocurría a su alrededor.

En la primera mitad del reinado de Juan Carlos I, los mejores, por regla general, estaban en el centro de la vida pública. Pasado el tiempo, fueron ocupando su lugar dos géneros del quehacer político. Un bando, de mente funcional y burocrática, pensaba que bastaba con simplemente «estar». Otro era adanista, partía de cero y se guiaba por las bienaventuranzas de su propia cosecha.

Entre los dos cocinaron la crisis: los primeros desesperaron a sus electores con su inmovilismo y los segundos encolerizaron a los suyos al levantar expectativas que quedaron insatisfechas porque eran imposibles de cumplir. El puchero constitucional rompió a hervir con borbotones guerracivilistas cuando un tercer bando avivó la emoción nacionalista y acusó a Madrid de políticas franquistas. Para entonces, un populismo revanchista y radical de izquierdas ya había hecho su debut en el escenario nacional.

Esta deriva estaba anunciada porque la Monarquía parlamentaria, que se concibió como limpia y transparente, abierta e inclusiva, fue secuestrada por endogámicos y opacos aparatos clientelares que, reacios a cualquier rendición de cuentas, la convirtieron en una partitocracia.

No por primera vez, el sectarismo identitario y cainita desvirtuó un ilusionante proyecto político. El desafío soberanista coincidió con las horas más bajas del sistema bipartidista. Distráidos por su propia supervivencia, los partidos dinásticos no previeron el rupturismo nacionalista. Tampoco anticiparon que el populismo izquierdista apostaba por la quiebra con el fin de acelerar el final del ciclo político.

Al provocar una crisis constitucional, el soberanismo catalán creyó contar con un terreno abonado. La quiebra fue puntual. Tuvo hitos, fechas, programas y protagonistas. Pero la audacia independentista se cimentó sobre unos soporres que en la presunción del soberanismo ya habían sido

plenamente desarrollados. El secesionismo pensó que el sistema que creó la Transición había entrado en fase de caída libre. A partir de las inconclusas elecciones generales de finales de 2015 no faltaban razones para llegar a tal conclusión.

El secesionismo periférico arrecia cuando percibe que el poder político del Estado central es frágil y cuando circunstancias económicas adversas le permiten forjar una conciencia nacional reivindicativa en base a un discurso victimista. El Gobierno que dirigía Mariano Rajoy en 2017 era el más débil, en términos de apoyos parlamentarios, de cuantos había tenido España desde la restauración de la democracia. Y a lo largo de casi una década la Gran Recesión había causado grandes estragos sociales en Cataluña, al igual que en el resto del país y en Europa.

En la percepción del independentismo catalán, España estaba rota y había alcanzado un alto grado de disfuncionalidad. No cabía otra lectura del bloqueo en el Congreso de los Diputados y los diez meses de 2016 en los cuales Rajoy ejerció como presidente del Gobierno en funciones. Sumido en tal aturdimiento, Madrid tendría múltiples dificultades para responder al reto secesionista y sería obligado a pactar. El independentismo pensó que un proceso negociador involucraría a la Unión Europea y que, con esta mediación, tenía todas las de ganar.

Que los supuestos fuesen erróneos y el juicio falaz –los acontecimientos muy pronto lo demostrarían– es otra cuestión. En el entendimiento de la Generalitat y de la mayoría que la apoyaba en el Parlamento catalán los tiempos eran propicios para un desafío soberanista.

El 6 de septiembre de 2017, el Parlamento de Cataluña aprobó la convocatoria por el Gobierno autónomo de un referéndum de autodeterminación que se celebró, a pesar de haber sido declarado ilegal y de la contundente intervención de la fuerza pública, el 1 de octubre. El 27 de octubre, ese mismo Parlamento proclamó la República catalana.

Como corresponde a toda declaración unilateral de independencia, los promotores de la secesión se saltaron todas las líneas rojas que marca un Estado de Derecho.

El Gobierno de España actuó horas después de este acto de ilegalidad. Tomó el control absoluto de Cataluña al estar «en riesgo el interés de la nación» y al amparo del artículo 155 de la Constitución de 1978. Cesó al Ejecutivo catalán y convocó nuevas elecciones para el 21 de diciembre, el plazo más corto que contempla el ordenamiento electoral.

La ironía de la embestida del secesionismo catalán es que Cataluña, próspera y progresista, estuvo en la vanguardia de una nueva convivencia entre los españoles cuando votó abrumadoramente a favor de la Constitución de 1978 que derogó el régimen del general Franco. De ser la gran valedora de una manera de entender España y la garante de la época más libre, democrática y económicamente boyante de la larga historia del país, una parte muy significativa de la sociedad catalana pasó a denigrar lo mucho conseguido.

Cuatro décadas después de comenzar aquella historia de éxito, ese segmento de la sociedad catalana, cercano a la mayoría, introdujo el relato de que «España nos roba». Cataluña fue la punta de lanza de una nueva generación que, zarandeada por la depresión económica e indignada por los recortes sociales que implementó una clase política desprestigiada por conductas corruptas, rechazó los logros de la Transición.

Todo fin de un ciclo político viene marcado por el ascenso de movimientos radicales que pueden ser de clase o populistas y nacionalistas. Les une la demanda de romper con el orden establecido.

Los más politizados entre los jóvenes españoles que nacieron en democracia impugnaron el consenso constitucional de 1978 como un apañío, un pacto de silencio y un fraude. Perteneían a la generación de los «nietos» de la Gue-

rra Civil y de los «hijos» de la reconciliación. A partir de la insondable contracción económica a finales de la primera década del nuevo siglo, el camino hacia la crisis constitucional estaba bien señalizado.

En las elecciones generales del 20 de diciembre de 2015, a los cuarenta años de la muerte de Franco, se hundió el sistema bipartidista que durante el reinado de Juan Carlos I había asegurado la estabilidad de la Monarquía parlamentaria. Ninguno de los dos partidos dinásticos que hasta entonces se habían distribuido los escaños del Congreso de los Diputados obtuvo una mayoría suficiente para poder constituir un Gobierno. Cuando en 2014 Felipe VI sucedió a su padre en el trono, lo que parecía sólido se iba derrumbando por etapas.

El centroizquierda del arco político ya había sufrido la primera hemorragia de votos en las elecciones de 2011. En las siguientes elecciones, las primeras del nuevo reinado, le tocó al centroderecha sobrellevar la misma humillante sangría electoral. El edificio político que había levantado la Transición mostraba profundas grietas. Un siglo antes, reinando Alfonso XIII, la «vieja política» de la primera restauración de la dinastía Borbón sufrió un agotamiento parecido. Su extenuación fue denunciada por la llamada generación de 1914.

En ambos casos, a comienzos del siglo xx y del siguiente, el sistema parlamentario sufrió una acusada pérdida de legitimidad. Fue el rechazo de un sistema de reparto clientelar por dos aparatos políticos que se habían distanciado del electorado. Nuevos partidos y movimientos sociales «insurgentes» ocuparon el espacio que la vana y pedante partidocracia creía a salvo de cualquier incursión.

En el reinado de Felipe VI la marea de desafección reunía tanto a jóvenes excluidos del mercado laboral como a clases medias exprimidas por impuestos y exasperadas por la pérdida de empleos, de niveles salariales y de ahorros. El